

# DE LOS '300' A ESQUILO

La imagen de los bárbaros persas y los atléticos espartanos

CARLOS GARCÍA GUAL

Frank Miller y Lynn Varley  
*300*  
Norma Editorial,  
Barcelona, 7ªed., 2007

Tom Holland  
*Fuego persa. El primer imperio mundial y la batalla por Occidente*  
Traducción de Diana Hernández Aldana, Planeta, Barcelona, 2007

Barry Strauss  
*La batalla de Salamina, El mayor combate naval de la Antigüedad* Traducción de Ignacio Alonso. Edhasa, Barcelona, 2007

Paul Cartledge  
*Termópilas. La batalla que cambió el mundo*  
Traducción de David León y Joan Soler, Ariel, Barcelona, 2007

Heródoto-Diodoro de Sicilia  
*La batalla de las Termópilas*  
Traducciones de C. Schrader y J. J. Torres Esbarranch, Gredos-RBA, Barcelona, 2007

**1.** La extraordinaria difusión de la reciente película de Zack Snyder *300*, ágil versión fílmica muy ajustada y algo ampliada del cómic del mismo nombre de Frank Miller y Lynn Varley, ha propiciado la rápida traducción de algunos estudios recientes sobre la famosa segunda guerra médica. Como ha sucedido con otras producciones cinematográficas norteamericanas de estos años, como *Troya* o *Alejandro*, este tipo de películas han despertado cierta curiosidad popular hacia esos grandes temas y/o textos del mundo antiguo y, de paso, han invitado a muchos a descubrir o repasar las narraciones de autores clásicos que están en la base de sus respectivos guiones. Las versiones fílmicas, como es bien sabido, suelen permitirse notables libertades, muy significativas, respecto a los venerables textos antiguos, según

los gustos del director o las conveniencias de la versión popular. (Así, por poner un ejemplo, en *Troya* los dos reyes Atridas mueren en la campaña, muy en contra del relato homérico: así Menelao muere en su duelo con Paris, y Agamenón en la toma de la ciudad. Desde el comienzo se ve que el director está de parte de Paris y Helena, que por algo son los más guapos, y en contra de los reyes micénicos, caudillos ambiciosos y violentos, aunque serán los aqueos quienes tomen Troya, por cumplir en lo fundamental con el viejo relato mítico).

No suelen distinguirse las películas por extremar la fidelidad a lo arqueológico en sus decorados, por más que pretendan ofrecer una imagen aceptable del antiguo mundo en sus rasgos básicos y más pintorescos. (Algo se ha avanzado respecto a los anacronismos desvergonzados de Cecil B. De Mille; y en esas reconstrucciones hay notables diferencias entre las pautas de uno y otro director. Por ejemplo, las estatuas de los dioses en *Troya* no evocaban el mundo micénico sino un arte helenístico muy tardío, mientras que el armamento del ejército de *Alejandro* corresponde bastante bien a los datos históricos sobre el de las tropas helenísticas). En fin, señalado todo esto, veamos algunas características del film *300*, que reflejan, como ya he dicho, bastante fielmente los dibujos y la atmósfera del cómic unos años anterior de Miller y Varley.

En primer lugar, los espartanos aparecen con sus cascos, sus escudos redondos y sus largas lanzas, con sus características capas rojas, y sus sandalias de tiras de cuero, pero sorprendentemente combaten casi desnudos, a pecho descu-

bierto, sólo con unos escudos tarrabos, mostrando bajo las capas sus marcadas musculaturas. Van con el pelo corto y con barbas cortas, frente a la costumbre espartana bien conocida de dejarse una larga y cuidada cabellera y afeitarse bien el bigote; pero lo más chocante es que luchan sin corazas y abandonando a menudo la formación cerrada usual.

Tanto los dibujantes como el director de cine pasan por alto (aunque seguramente conocían bien lo que era la táctica espartana del combate en cuestión) que los trescientos eran hoplitas, portadores de pesadas corazas y combatientes en filas cerradas, formando filas prietas donde cada guerrero cubría con su escudo el flanco del combatiente vecino, en una formación rígida, que avanzaba lentamente como un muro de metal erizado de lanzas. En esos dibujos que recuerdan la estética de otros cómics con héroes forzudos —al estilo del de *Conan el bárbaro*— se ha preferido destacar la musculatura de los cuerpos desnudos de los viriles espartanos y retratar un tipo de pelea más próximo al duelo de la épica heroica. Es evidente que ese gusto por la desnudez de los bellos guerreros puede tener su precedente más ilustre en el famoso cuadro de Jean Louis David *Leónidas en las Termópilas* (pintado entre 1800 y 1814, y “de fuerte carga homoerótica”, según subraya Cartledge), donde se ve al rey espartano sentado y rodeado de sus hombres en un descanso previo al gran combate<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cf. P. Cartledge, *o.c.*, pág. 209. Sobre el combate hoplítico es excelente el clásico libro de V.D.Hanson, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*, California y Londres, 1998, que

Desde el punto de vista histórico, está claro que esa forma de combatir, con casco y grebas y largas capas, pero individualmente y a pecho descubierto, es totalmente falsa. La táctica hoplítica y el metal de las corazas y los escudos fueron fundamentales para contener el asalto de las hordas persas. En las corazas y los escudos apenas hacían mella las incontables flechas de los arqueros iraníes y en los pocos metros donde se libraba el choque frontal los hoplitas formaban un impenetrable muro de bronce aguzado de largas lanzas, como un gigantesco erizo de furia y metal, contra el que se estrellaban las oleadas de los amontonados persas. (Ese erizado muro sí queda bien reflejado en algunas ilustraciones de Miller y Varley; pero el film da mucho más espacio a los juegos atléticos de los gimnásticos espartanos; y los cadáveres desnudos de los trescientos asaetados por mil flechas son falsas imágenes). Esa trabada muralla de férreos guerreros era el núcleo casi invencible de la defensa del angosto paso. Un hoplita combatía siempre en su puesto, con las piernas firmes y los pies clavados en suelo, codo a codo con sus compañeros, sostenido y empujado desde atrás por las filas de otros hoplitas, sin dejar un hueco en la densa muralla. No está de más recordar, aunque a menudo se olvida para destacar el heroísmo de Leónidas y los espartiatas, que no sólo combatieron defendiendo el estrecho desfiladero los trescientos, sino también sus numerosos aliados,

insiste en la lentitud de movimientos de esa infantería pesada.

aunque no todos ellos se quedaran hasta el final<sup>2</sup>.

Una imagen sucinta del encuentro atenta a cómo combatirían los espartanos nos la da, en breves líneas, B.Strauss:

“Al mismo tiempo que una humillación para los persas, las Termópilas representaron el momento culminante de la vida del rey Leónidas. Contuvo a los persas durante tres días. Menos de ocho mil griegos, dirigidos por un cuerpo de élite conformado por trescientos espartanos, propinaron un contundente revés a un ejército que los superaba en una proporción de veinte a uno, probablemente. Los hombres que deseaban morir en nombre del Gran Rey se enfrentaron a la más eficiente máquina de matar de la Historia: el soldado espartano.

Pertrechado con su casco de bronce, la coraza y las grebas, cada espartano parecía estar cubierto de metal. También de bronce era el chapado del escudo, su arma defensiva de buen tamaño, de forma ovalada y bordes convexos. Una túnica de lana roja lo cubría desde los hombros hasta la mitad del muslo. El guerrero siempre andaba descalzo como símbolo de su dureza. Portaba como arma ofensiva una espada corta de hierro y una lanza larga. Esta última, que constituía el arma principal, consistía en un astil de madera de fresno de casi tres metros de longitud con moharra de hierro y regatón con vitola de bronce. Una vez cerrados en formación de falange, con los escudos de cada uno cubriendo al compañero, la táctica espartana consistía sim-

plemente en atravesar a sus enemigos con las lanzas. (O.c., págs. 80-81).

Notemos como un rasgo distintivo y simbólico esa desnudez de los espartanos, que viene a subrayar el tremendo contraste de sus cuerpos atléticos con las siluetas de los abigarrados y abrigados persas, envueltos en ropajes de lo más variado, desde los variopintos arqueros con turbantes y gorros puntiagudos, a los “Inmortales” selectos de la guardia de Jerjes, que aparecen disfrazados como *ninjas* japoneses, todos de negro y con antifaces chinescos. Frente a la valiente desnudez de los espartiatas, los bárbaros asiáticos avanzan emboscados en sus ropajes como una fauna exótica y pintoresca. (Las vestimentas y armas variopintas de los distintos pueblos asiáticos ya están destacadas en el texto de Heródoto, pero aquí sirven para ocultar sus cuerpos mucho menos viriles que los de los espartanos, adiestrados en batallas y en juegos gimnásticos). Es evidente la fealdad de los rostros de los invasores frente a la noble virilidad de los feroces soldados griegos. (Ya se sabe que en el cine los malos son siempre más feos que los buenos). Pero quien resulta malignamente caracterizado y dibujado es el Gran Rey, Jerjes, que surge avanzando en su trono sobre una colosal pirámide truncada llevada a hombros por sus esclavos, imponente. Es un personaje de gran estatura, calvo y negroide, un efebo perverso de mirada desafiante con aires de “*drag queen*”, con el rostro marcado por numerosos *piercings*, y vestido sólo con un cinturón y un taparrabos más sucinto que el de los espartanos, además de un montón de collares y una formidable capa. (En el cómic parece más negroide que en la película).

La imagen se comenta por sí sola. El contraste con el Jerjes histórico que conocemos por algún relieve antiguo y al que Heródoto describe como de hermosa y noble figura no deja de ser en extremo chocante. Frente a los rasgos auténticos del hijo de

Darío, con su melena y barba rizada y bien cuidada, tan ceremonioso y majestuoso, tan dado a escuchar a sus consejeros reales, este Jerjes de opereta parece venido de otra galaxia, como un homenaje a otros déspotas suntuosos y malignos que frecuentan los cómics. Es casi una caricatura, cuya perversa maldad contrasta con la noble arrogancia del fiero Leónidas, que, al final, antes de morir, le arroja su lanza (aquí es más bien una jabalina), en un lanzamiento espectacular, que le marca la cara y le arranca de la mejilla con un chorro de sangre un par de anillos de sus brillantes *piercings*.

2. Tanto *Fuego persa* como *Termópilas* y *La batalla de Salamina* son tres excelentes relatos, desde el punto de vista histórico —pues sus autores son reconocidos expertos en el campo de la Historia antigua—, como también desde el de la narrativa de buen ritmo y estilo vibrante. El libro de T. Holland es el de más amplia perspectiva, puesto que abraza desde la formación del imperio persa y la configuración política de Esparta y Atenas hasta el final de las guerras médicas y sus inmediatas consecuencias en el panorama del mundo helénico, con el esplendor de la democracia en la Atenas de Pericles e incluso con una alusión final a la revancha que supone, un siglo y medio después de la derrota de Jerjes, la expedición victoriosa de Alejandro y su conquista del imperio persa. Holland, que obtuvo un merecido éxito de público con su libro *Rubión* sobre el mundo romano, escribe con notable sentido dramático y maneja muy bien los datos y las semblanzas de los actores en el espléndido escenario del conflicto. Su texto es a la par un buen estudio de caracteres y situaciones, apasionante y muy atento a la significación de las fuerzas en conflicto, resaltando la tremenda máquina bélica y el poderío de los persas y, en contraste, el mundo dividido de los griegos, pero unido en su defensa heroica de la libertad y la tierra patria, en una lucha donde

el coraje y la astucia (sobre todo la del audaz Temístocles) fueron los factores decisivos. Las tres batallas decisivas —Termópilas, Salamina y Platea— están aquí narradas con admirable precisión.

También resulta un excelente narrador Barry Strauss, y también él gusta de los cuadros pintados con un fuerte colorido, relatando los hechos con impresiones muy directas, a la vez que destaca por su atención a los detalles precisos y las escenas de vivo colorido o las anécdotas memorables<sup>3</sup>. También él destaca la imponente grandeza del imperio persa y el afán universal de sus soberanos. Rehuye, desde el comienzo, el fácil maniqueísmo que denigra a los asiáticos para enaltecer a los bravos helenos defensores de sus libertades, y comienza recordando la visión de Heródoto de unos y otros. (“Persia no fue un imperio decadente ni opaco, sino que conformaba un poder formidable e innovador al que los antiguos griegos, y la moderna cultura occidental le debían, le debemos, mucho”).

Cuenta luego los comienzos de la guerra, pero se centra en la batalla de Salamina, analizada en todos sus pormenores, desde las intrigas y planes del astuto Temístocles, el verdadero héroe y gran estratega del triunfo en las aguas del estrecho, hasta los mo-

<sup>2</sup> Antes de que se cerrara la tenaza de los persas, al advertir que iban a quedar cercados, el rey Leónidas permitió a quienes quisieran salvar la vida ponerse a salvo. Tom Holland lo cuenta con estilo muy vivaz: “(Leónidas) ordenó que el cuerpo principal del ejército se replagara para obtener alguna posibilidad de sobrevivir al combate al día siguiente. Los tespios, notorios por su terquedad, se negaron a abandonar sus posiciones, y otro tanto —ya que su ciudad estaba condenada a medizar, por lo que no tenían adonde volver, excepto al destierro— hicieron los tebanos leales a Grecia. Leónidas ordenó asimismo que los ilotas se quedasen en las Puertas Calientes para ayudar a los espartanos a prepararse para la batalla, servir como infantería ligera y morir por la causa de la libertad de sus amos. En total unos mil quinientos hombres, aferrándose con dedos pegajosos a sus armas aporreadas y maltrechas, sintieron los primeros rayos del sol en sus rostros mientras trataban de impedir que sus expresiones dieran cuenta de sus sentimientos, fueran éstos el desprecio, la resignación o la envidia al ver cómo sus camaradas recogían las armaduras y abandonaban el campamento en dirección al sur”. (O.c., pág. 355. P. Cartledge, O.c., pág. 170)

<sup>3</sup> Suele comenzar algunos capítulos con la evocación de una perspectiva o un paisaje impresionante. Citaré como ejemplo el truculento inicio del capítulo 2, que lleva el título de “Termópilas”: “Desprovista ya de su casco, la cabeza de Leónidas se ve enmarcada por su larga cabellera. La enjuta piel del rostro del guerrero ha perdido su color, destacando todavía más sobre su barba corta y puntiaguda. Probablemente la mugre de la batalla aún impregna el cuerpo del valeroso guerrero, y un cardenal de color azul oscuro marca un lugar cercano a la barbilla, donde se acumula la poca sangre que le queda. Restos desgarrados de tejido y huesos cuelgan de su cuello cercenado, y moscas y escarabajos corren por su piel. Si los ojos de la cabeza muerta del rey pudiesen ver, podrían contemplar perfectamente la calzada que conduce hasta Atenas, un camino abierto para Persia” (O.c., pág. 79). Sobre el furor de Jerjes como motivo de esa cruel y excepcional decapitación, véanse los comentarios de Cartledge, O.c., pág. 174.

vimientos tácticos del combate descrito con excelente precisión. La atención a cómo eran y cómo se movían los barcos de una y otra flota, sus peculiares manejos y la disposición estratégica en el momento crítico del choque, el ardor de los griegos en la embestida contra las naves de la compleja armada imperial, apretujada y pronto confusa, con sus remeros fatigados y sus torpezas tácticas, fascina al lector. No por su novedad, desde luego, sino por su precisión y su dramatismo.

Todo el libro está estructurado en cuatro partes: “El avance-La trampa-La batalla -La retirada”, y se deja leer como una novela histórica de muy buen ritmo. Hay buenas descripciones de batallas navales en muchos otros textos; sobre Trafalgar, por ejemplo. Pero ésta del avance de los barcos y sus embestidas en Salamina, aunque más lejana en el tiempo, no merece de las mejores. El desarrollo del reñido combate, descrito en sus diversos momentos —mañana, mediodía y atardecer—, está presentado como vibrante dramatismo.

También Paul Cartledge comienza con un resumen de la situación del imperio persa y las ciudades griegas a comienzos del siglo V a.C. para pasar luego a tratar en profundidad de las características singulares del mundo espartano. En el capítulo 4, dedicado a “Esparta en el 485 a. C.: la singularidad de la cultura y la sociedad lacedemonias”, comienza lo que es la aportación más original y más significativa de su estudio. Cartledge, profesor de Historia Griega en la Universidad de Cambridge, es un magnífico conocedor de esa polis y su peculiar sistema social y educativo. Ha dedicado varios libros a los aspectos históricos del mundo espartano. (El más conocido, *The Spartans: An Epic History* es de 2002). Aquí vuelve a analizar con su claro estilo los rasgos más destacados de esa sociedad aristocrática, conservadora y militarizada, que gozaba de inmenso prestigio en la Grecia clásica y que, en contraste con la democrática Atenas, forjó un ré-

gimen político orgulloso de sus libertades y sus valores ascéticos y belicosos. Con su sólida erudición académica sabe combinar un relato aguzado y salpicado de alusiones a la actualidad. Se detiene más en los rasgos psicológicos de los personajes centrales y en el ambiente en que se inscribe el conflicto bélico que en la descripción misma del combate. Analiza con fino criterio los datos que da Heródoto (a lo largo del texto y en tres apéndices al final del libro); y nos presenta la desesperada decisión de Leónidas como un gesto heroico singular, una misión desesperada y abocada a un suicidio colectivo, un ejemplo de sacrificio por la patria y la libertad de los griegos, una muestra de *areté* doria, un holocausto memorable exigido por el honor y las leyes de Esparta, implacable y ensalzadora de los guerreros muertos en el combate hoplítico.

Al estudio de la resonancia posterior de la cruenta batalla, es decir, a “la leyenda de las Termópilas” en la antigüedad y la modernidad se dedican dos capítulos amplios y muy interesantes<sup>4</sup>, así como es muy brillante la síntesis final, con el título de “Las Termópilas: un momento decisivo en la historia universal”. (En esas páginas Cartledge no sólo

<sup>4</sup> La larga lista de ecos literarios que evocan la gesta de Leónidas puede comenzar con el famosísimo epitafio de Simónides de Ceos: “Caminante, ve a Esparta y di a los espartanos / que aquí yacemos muertos por obedecer sus leyes”. Y aquí concluye con una alusión al cómic de F. Miller (publicado originalmente en 1988-89) y la película de la Warner, que aún no se había estrenado cuando se editó este libro. Al cómic de Miller le reprocha Cartledge “un pequeño detalle”: que presente a los espartanos con bigote y barba, cuando sólo llevaban barba. Como he señalado, se le pueden reprochar otras inexactitudes. A las que he apuntado antes, pueden añadirse otras, como la presentación de los éforos como un grupo de vejesterios miserables y con pústulas, que escoltan a una sinuosa profetisa de frenética danza (tal vez una especie de pitonisa ultradélfica). Y entre los ecos más patéticos merece recordarse el siguiente: “Según Martín Bormann, el propio Hitler, el 20 de abril de 1945 encareció a sus desesperados compañeros del búnker a “pensar en Leónidas y sus trescientos espartanos” (pág. 220).

ensalza la valentía de los Trescientos, sino que destaca la imagen de Esparta en la cultura europea). Desde luego, nunca una derrota obtuvo un elogio tan unánime y duradero, y pocas veces tan pocos valientes lograron tanto caudal de gloria. “La actitud heroicamente suicida de los espartanos en las Termópilas demostró que se podía y debía oponer resistencia a los persas, y procuró asimismo a la pequeña, titubeante y dividida fuerza de los patriotas griegos el coraje para imaginar que un día quizá derrotarían a los invasores.” (pág. 233). Sin duda, las decisivas victorias de Salamina y Platea fueron los choques que frenaron y destruyeron la amenaza de la invasión persa; pero el épico enfrentamiento de las Termópilas, donde durante tres días unos cientos de guerreros griegos detuvieron a muchos millares de asiáticos, y causaron cerca de veinte mil bajas a los enemigos, fue el magnífico prelude de las posteriores victorias de los defensores de la libertad.

**3.** Todos estos recientes estudios sobre las batallas griegas contra el invasor persa vienen a constituir un notorio homenaje al gran relato de Heródoto, quien a casi medio siglo de distancia de las mismas construyó su magnífico texto histórico con una investigación personal (que se decía en griego *historiē*) de los hechos, recolectando con inteligencia crítica y gran talento narrativo testimonios diversos, fundamentalmente orales. A Heródoto remontan la mayoría de los datos manejados, incluyendo desde

<sup>5</sup> Ese respeto por la perspectiva de Heródoto y su buena información no excluye, desde luego, advertir que cometió algunos errores puntuales, como el de la estimación total del volumen de las tropas persas. Su cálculo de más de cinco millones de atacantes es una evidente exageración. Hoy se tiende a rebajar notablemente ese número y se calcula que el ejército de Jerjes contaba con unos doscientos o trescientos mil hombres. (Hay quien lo reduce a menos de cien mil, cantidad demasiado exigua a mi parecer). Véase sobre este punto lo que señala con su agudeza usual Cartledge, *o.c.*, págs. 124 y ss.

luego los coloquios de Jerjes con sus consejeros y las anécdotas y frases más memorables<sup>5</sup>. A ese Heródoto que, por su imparcialidad en la comprensión de algunos personajes, el docto Plutarco llamó “amigo de los bárbaros” (*philobárbaros*). Con un ímpetu casi homérico a trechos, Heródoto, ese viajero jonio recibido con admiración y premiado por su versión de los hechos en la Atenas de Pericles, supo ensalzar el heroísmo y la inteligencia de los griegos, y presentar la lucha por la libertad y la patria como el impulso unánime del coraje que llevó a los guerreros griegos a la victoria frente a unas huestes bárbaras muy superiores en número, pero sometidas a un poder despotico y colosal.

Pero, volviendo a la reflexión sobre los ecos literarios de la gran contienda, me gustaría contrastar la que es, al menos para nosotros, la más antigua celebración de la victoria helénica con esa estampa tan maniquea del reciente film norteamericano. Es bien sabido que el *cómic* de hazañas bélicas, como en general la literatura destinada a un consumo popular, tiende a oponer a los buenos y los malos con trazos muy gruesos. También lo hace la más burda propaganda política. Deshumanizar y demonizar la imagen de los enemigos invitando a celebrar su destrucción total es algo muy frecuente en esos medios de propaganda destinada a un público extenso y nada crítico. Los persas son malvados, monstruosos, horribles en su aspecto, no individuos con nombre y rostro propio, sino una mera masa humana impulsada a latigazos a una masacre brutal.

Pero en la antigua Grecia el teatro, que era en Atenas un arte popular y democrático, nos presenta otra versión. Recordemos la representación de los persas en la tragedia de Esquilo llamada así, *Los persas*, que se representó en el teatro de Dioniso en el año 472 a.C. (Es decir, tan sólo ocho años después de las victorias de Salamina y Platea). No voy ahora a resumir la pieza, pero daré un par de citas. La primera es del

libro de Holland, que aporta algunos detalles curiosos (*Fuego persa*, págs. 429-30):

“Es casi seguro que las gradas (del teatro) se hubiesen fabricado a partir de maderos rescatados de los restos de la flota bárbara, y según se ha sugerido de forma plausible, tal vez sobre el propio escenario se colocase el más espectacular de los trofeos de guerra: la tienda real de los vencidos. De ser cierto, las pieles que antaño protegieron al Rey de Reyes ahora proporcionaban la marquesina sobre el escenario de las Dionisiácas y el telón de fondo perfecto para la tragedia que Esquilo había titulado *Los persas*.”

Ambientada en Susa, aquella obra ofrecía, para deleite del pueblo ateniense, una reconstrucción dramática del regreso de Jerjes desde Salamina. El rey que había dejado Persia con toda la pompa de su majestad se mostraba cojeando de regreso, cubierto de harapos, mientras se escuchaba el lamento miserable de lo cortesanos que habían esperado aclamar a un heroico conquistador. Todo muy agradable –y reconfortante– para la audiencia, por supuesto. En efecto, el Gran Rey se encontraba amedrentado, le aseguraba Esquilo a sus conciudadanos, y Atenas, la ciudad que lo había vencido, era ahora un símbolo de libertad para todas las demás naciones.”

Como comenta Holland, Esquilo exageraba la resonancia de la derrota de Jerjes para exaltar la lucha por la libertad y complacer a su público. Sin duda la pérdida de su gran armada y el extraordinario y colosal ejército dañó mucho el prestigio del Rey de Reyes, pero su trono en Asia no se tambaleó. En todo caso, “la derrota del Gran Rey en Occidente había sido un golpe mortal para aquel sueño presuntuoso y las ambiciones persas se habían vuelto infinitamente más modestas: simplemente se limitaban a estabilizar el control de Jonia” (id.pág. 431). Lo que es evidente es que la guerra había cambiado la imagen del poderío persa. Para los griegos ya no era aquel amenazador gigante invencible de antaño; las fuerzas reunidas de los libres ciudadanos griegos le habían dado una lección inolvidable. Los griegos se habían mostrado muy superiores a los bárbaros, por su valor y su inteligencia táctica, y eso marcó la conciencia de toda una época, instilando en los griegos la idea

de su superioridad sobre los bárbaros.

En la tragedia de Esquilo ha visto Edward Saïd en su libro *Orientalismo*<sup>6</sup> la primera muestra de ese “orientalismo” tan desarrollado más tarde en la concepción europea del mundo asiático.

“Esquilo –escribe Saïd– describe el sentimiento de desastre que invade a los persas cuando conocen que sus ejércitos guiados por el rey Jerjes han sido derrotados por los griegos”. El coro canta la siguiente oda:

Ahora está gimiendo toda la tierra de Asia / al haberse quedado vacía. / Jerjes se los llevó –¡ay, ay!–, / Jerjes hizo que perecieran –¡ay, ay!–, / Jerjes lo organizó todo de modo insensato / con sus barcos...’

Lo que importa aquí es que Asia habla a través de la imaginación de Europa y gracias a ella, una Europa que, según se describe, ha vencido a ese “otro mundo hostil de más allá de los mares que es Asia. Se le atribuyen a Asia sentimientos de vacío, de pérdida y de desastre; son el precio que ha de pagar por haber desafiado a Europa. También se la representa lamentándose de que en un glorioso pasado tuvo mejor suerte y salió victoriosa de sus contiendas contra Europa”.

Tiene E. Saïd un fondo de razón cuando advierte que aquí aparece una clara oposición entre los europeos y los asiáticos. Los primeros vencieron luchando por su libertad y sus patrias; los otros fueron víctimas de la arrogancia de un déspota oriental. Fue a partir de esa conciencia de la victoria de la libertad y la razón sobre el servilismo como se inventó la idea de los bárbaros contrapuesta a la de lo griego. La tragedia ática jugó un papel importante en el desarrollo y la difusión de esa ideología, como destacó muy bien E.Hall en su libro *Inventing the Barbarian: Greek Self-Definition through Tragedy* (Oxford, 1989)<sup>7</sup>. Pero en la evocación de la guerra y la victoria –algo que muchos espectadores del drama de Esquilo recordarían vivamente por haber participado en los combates o por haber perdido algún pariente en ellos– hay un rasgo esencial: se respeta siempre la noble figura de los derrotados. Esquilo invita a sus espectadores a sentir compasión por todos esos guerreros que murieron

<sup>6</sup> Saïd, Edward, *Orientalismo*, trad. esp. De Bolsillo. 2002, pág.89.

en las aguas ensangrentadas de Salamina, recordados con sus nombres por los gemidos del coro de ancianos persas.

De *Los persas* dijo Gilbert Murray que es “la única celebración de una victoria militar que alcanza el rango de la más elevada poesía”. Una conmemoración patriótica no es generalmente un buen tema para la poesía auténtica, pero Esquilo logró construir aquí, en este impresionante treno dramático, un inolvidable monumento a la valentía de los griegos. Porque sabía que la angustia de la derrota es más trágica que el clamor de la victoria colocó en primer plano escénico el dolor de los vencidos. Ese dolor lastimero y no el orgullo de los vencedores –y su texto nombra a muchos caudillos persas muertos, pero a ninguno de los griegos– es el núcleo del gran drama, que es, sin duda, un elogio del valor griego y de la justicia de su lucha por la tierra patria y la libertad. Al hacer de Jerjes un héroe trágico –con su *hybris* y su debida catástrofe– Esquilo no denigra su nobleza patética, sino que lo muestra como una víctima de su loca ambición, que ha causado la fatal derrota y la matanza de tantos miles de hombres y grandes nobles y príncipes de su imperio.

4. El contraste entre la visión de la guerra y de los enemigos que nos ofrece la antigua tragedia griega y la que nos ofrece el *cómic* norteamericano y la película adaptada a los gustos de un público actual se comenta por sí solo. Advertir que también los otros –incluso los bárbaros que nos invaden o amenazan y a los que tenemos que combatir para defender nuestra libertad– son humanos y pueden sufrir como

<sup>7</sup> He comentado este libro y este concepto en un artículo publicado en *Claves de razón práctica* hace unos quince años con el título de “La utilidad de los bárbaros”, recogido ahora en mi libro *Sobre el descrédito de la literatura*, Barcelona, 1999, págs. 127-47. Para unos apuntes claros y más recientes, cf. P. Cartledge, “Greeks v. Barbarians” en *The Greeks. A Portrait of Self & Others*, Oxford University Press, 2002, págs. 50-77.

seres humanos es el punto de partida del autor trágico. (Un poeta como el gran Esquilo, que fue combatiente en Maratón y Salamina). El afán de demonizar y deshumanizar a los contrarios es una tendencia habitual de una ideología basada en el maniqueísmo barato, al gusto de las masas poco críticas y de los retóricos más rancios. En el caso de la imagen de los antiguos persas, presentados como una horda maligna y inhumana, esa distorsión y su feroz caricatura puede ser una variante más de ese “orientalismo” que Edward Saïd describió y denunció con muy claro lenguaje. Y a ese respecto podemos preguntarnos: ¿se trata sólo de aprovechar el tirón popular de un *cómic* o de un ejemplo más de una mentalidad mezquina y turbia cada vez más extendida?

Por otra parte, reconozcamos que en estos tiempos en los que la Historia del mundo antiguo y los grandes textos del mundo clásico parecen haber quedado bastante marginados de los estudios habituales, estas películas sobre antiguos héroes y batallas casi míticas pueden actuar a modo de curioso reclamo, porque el mundo que evocan en sus imágenes es espectacular e intrigante. Tal vez a algunos espectadores les muevan, por curiosidad, a contrastar sus imágenes en la lectura de los textos originales, es decir, en aquellos antiguos relatos, como los de Homero y Heródoto y quizás Plutarco, y esa invitación puede funcionar como una oportuna propuesta didáctica y literaria. ■

**Carlos García Gual** es helenista y crítico literario. Autor de *La antigüedad novelada* y *Apología de la novela histórica*.